

Júlia Peró
Anatomía de una bañera



Júlia Però

Anatomía de una bañera

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Júlia Peró, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: © Júlia Peró

Fotografía de la autora: © Luis Mario

Primera edición: junio de 2020

Depósito legal: B. 7.282-2020

ISBN: 978-84-08-22788-5

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

PRIMERA PARTE

No pienso cortarme
nunca más el pelo.

Anatomía de una bañera

El pelo castaño
es la cortina mohosa
que acude a las piernas
cuando teme al vapor.

Los huesos de mármol,
igual que la piel.
Que recubre el cuerpo
mientras este se ahoga.

Los ojos son el grifo,
que llora y caen las gotas
en una desaguada boca
que siempre está abierta.

Una boca que no deja de tragar
lágrimas, palabras, todo
lo que resbale del mármol.
Todo lo que el mármol no quiera.

La nariz, ese hueco
debajo del grifo llorón
donde a veces entran lágrimas
para que este cuerpo descanse.

Los pies son sus patas
y no tiene orejas, porque
quién las necesita si
no nos sabemos escuchar.

El corazón, cómo no va a serlo,
el corazón es el tapón.
Que deja el agua encharcada.
Que no deja que el agua se vaya.

Y el cuerpo,
¿dónde está el cuerpo?

Querida, el cuerpo está dentro
de la bañera, flotando.

Este cuerpo sin vida,
este cuerpo eres tú.

Nadie razona ante una muerte

Tan solo hay una diferencia entre una *muerte inesperada* y una *muerte que se acerca*. La diferencia está en el orden temporal del duelo: en la primera solo sufres el después. Eso es fácil. No te queda otra que hacerlo; si quieres hacerlo, claro. El problema está en la segunda. En la segunda no solo se sufre en el después de la muerte, sino también en el antes. Y de ese antes quiero hablar.

Se despierta sudando y lo único que sé decirle es que *es suyo*. *No es de nadie más*. De la muerte, por ejemplo. No es de ella. Ni de nadie más. Es más bien poco, pero siempre ha sido suficiente como para hacerlo volver a la cama.

Parece que llevemos toda nuestra vida doliéndonos por alguien que ni conocemos. A veces hasta parece que queramos más a la muerte que a nosotres mismos. Esta última frase no parece tan rara si te pones a pensar cuántos segundos juntos hemos malgastado pensando en lo inevitable de nuestra muerte y cuántos segundos juntos hemos utilizado para pensar en lo inevitable de nuestra vida. Vivimos siempre pensando en morir. Es como si lo quisiéramos. Es como si lo pidiéramos. Vivimos siempre pensando en morir y al final nos morimos. Me pregunto si nuestras muertes se acercan más a la categoría de *muerte inesperada* o a la categoría de *muerte que se acerca*.

Lo noto en el sexo, lo noto en la forma en que se enfada conmigo a veces —cuando nunca antes lo había hecho—, lo noto hasta al ponerse una camiseta. Sé que me odia. Sé que me ama pero sé que me odia. Lo sé porque también sé que es consciente de

que me gusta pensar en la muerte. Y él se va a morir dentro de poco. Me apasiona pensar en la muerte y él se va a morir. Noto que se me encoge el pecho y me aprietan las costillas cuando me mira como si quisiera que yo también supiese el día de mi muerte. Como si eso fuera lo que consiguiera arrebatarme mis ganas de venerarla. No me extrañaría que, por lo que acabo de escribir, se construyera una mala imagen de él. Después de todo, moriría por mí con la condición de que yo muriera por él.

Vuelve a la cama y me abraza. Noto cómo empiezan a entremezclarse piel y sábanas y en tal miscelánea solo cabía añadir mis nervios, más nervios que nunca. Sé lo que va a pasar, sé que me va a doler. Me baja la presión y me mareo. Pero estoy atenta. Va a decir algo. Silencio.

—Joder, me voy a morir.

Antes de describirla como *muerte que se acerca*, había descrito a la segunda categoría de muerte como *muerte inevitable*. Pero me di cuenta de que era una mala clasificación. Inevitables lo son todas.

Soy una impuntual

En las quedadas con amigos,
en las clases de la universidad
y en trenes que si no coges una vez
no vuelven nunca más;

con los besos de despedida,
esos que te roban por sorpresa,
para acostumbrarme a las caídas
y en golpear con los puños la mesa;

con los abrazos de *estoy aquí*
y cuando tengo que irme a dormir.

Creo que también contigo
y, lo peor, conmigo.

Sería tan fácil

Sería tan fácil ser caricia
si la piel viniera de ti.

Cafetera

Si me pudiera quedar con algo, me quedaría con las ojeras de sus ojos. Esas que me decían que la noche anterior no había dormido nada porque había preferido estar despierto, viviendo. *Ya habrá tiempo para dormir, muriendo.* Decía siempre con una taza de café cargado.

Y yo sigo esperando que esa cafetera vuelva a funcionar.

Haces frío.

Nivel del agua

Tengo tatuado en la piel
diez rayas en los dedos.

Que resisten el agua
cuando baja por las manos.

Que resiguen el agua
por encima de las rayas.

Que persiguen el agua
cuando tú te la acabas.

Te la acabas y la vistes
de sangre de tus venas,
de venas en mi pelo,
mi pelo es la cortina,
mi rostro es la bañera,
mi cuerpo es una mezcla
entre el mármol y la carne
y mientras esta agua
manchando ya mi piel.

Nunca había pensado que el agua
podría cortarme los dedos.

Ahora llevo encima diez cicatrices
señalando su nivel.

Cubrirse y encubrirse

De nada sirve ser una flor
cuando estás enterrada en un jardín.

Ni la noche me entiende

A veces llega la noche
y aún estoy en la cama.
Y paso mucho tiempo con ella
discutiendo por ti.

Ni la noche me entiende
cuando te echo de menos.

Ni la noche me entiende
cuando desgasto mi tiempo
después de tantos años.

Ni la noche me entiende
cuando le tengo miedo
como te lo tenía a ti.

Pero qué va a saber la noche
de muerte
si no la ha vivido contigo.

A ti ese día no se te hizo nunca tarde
y ella nunca llegó a verte por última vez.

A la muerte
me sonrío.